

## EN TORNO A UNA CONFERENCIA DE PRENSA

Es singular paradoja que hombre tan altivo y recatado de sus íntimas intenciones como es el general De Gaulle venga optando tan reiteradamente por la conferencia de prensa radiada y televisada, a fin de informar *coram populo* de lo que piensa, se propone y espera en el ámbito político, lo cual es rara vez tan claro que no requiera un plantel de exégetas dedicados a cribar e interpretar sus palabras, nunca exentas de ambigüedad, y sus objetivos reales, que no suelen ser los que aparecen a primera vista. Se puede objetar que “ahí está la fineza del discurso” del general De Gaulle. Pero dejemos a los psicólogos el cuidado de descubrir la clave de esa paradójica afición, que revela cierto desdén hacia la elegante discreción de la clásica política europea y una preferencia por formas influídas—triste es decirlo—por el estrepitoso estilo americano. Nuestra tarea, muy modesta, se limita a comentar, con criterio personal, los aspectos internacionales de la undécima conferencia de prensa del presidente de la V República francesa, celebrada el pasado 4 de febrero. Era el día aniversario de la Conferencia de Yalta, de la que Francia, mejor dicho, el general De Gaulle, estuvo ausente. Pero, al parecer, la coincidencia entre aquella ausencia y la presencia del general De Gaulle como elemento máximo de la actualidad fué casual.

Al iniciarse la conferencia, contados periodistas del millar congregado para escuchar al presidente-general formularon preguntas. El general De Gaulle las recogió, mezcló, barajó y, después de agruparlas “por materia”, sacó de la operación precisamente aquellas que convenían para la exposición que se proponía hacer. En la operación se perdió una pregunta muy concreta: ¿cuáles son las relaciones de Francia con la U. R. S. S. y los países satélites? Por ello, el general De Gaulle no la contestó. En cam-

bio, sorprendido de que no se le hubiera formulado pregunta alguna sobre las relaciones franco-británicas, dando más de lo que se le pedía, informó de la satisfacción que le había causado el contacto tenido con el *Premier* británico en ocasión de su viaje a Londres para asistir a los funerales de Churchill. Se trata, excusado es decirlo, del *leader* laborista Mr. Harold Wilson, cuyo éxito electoral era deseado por el Gobierno francés. Olvidando pasadas tirantezas con el Gobierno conservador, agregó: "No hay montañas entre Inglaterra y Francia, sólo hay un canal y, con todo, creo que con un túnel podría ser reducido. Probablemente, también los problemas comunes a nuestros dos grandes países puedan ser tratados entre yo mismo, el primer ministro británico y el primer ministro francés, cuando el primer ministro británico venga a París, cosa en la que confío plenamente"<sup>1</sup>. Estas palabras resultaron un tanto inesperadas de recordar las pronunciadas en otra conferencia de prensa—14 de enero de 1963—, para impedir con airada energía la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común, arguyendo razones técnicas para mantener cerrada la puerta del *club* de los Seis. Cierto es que ya por entonces nadie aceptó el argumento oficial que mal tapaba el trasfondo político de la negativa.

El brusco viraje que revela la última conferencia de prensa del general De Gaulle muestra claramente que tal viraje obedece al hecho de que el interlocutor británico de Francia es un Gobierno laborista. ¿Acaso es el Gobierno laborista tan partidario, por ejemplo, de que Gran Bretaña ingrese en la C. E. E., que esté dispuesto a pasar mansamente por las horcas caudinas que el general De Gaulle le impone? En su aun breve actividad internacional, el Gobierno laborista ha puesto sobre todo de manifiesto sus deseos de reforzar la Alianza Atlántica y mantener los lazos de Gran Bretaña con los Estados Unidos, de suerte que, recién formado el Gobierno, el ministro de Asuntos Exteriores, Mr. Gordon-Walker, se trasladó a Washington para entrevistarse con Dean Rusk. En cuanto al Mercado Común, el Laborismo en el poder no se ha definido respecto a una eventual solicitud de ingreso ni ha dado señales de renunciar a las condiciones definidas por Mr. Gaitskell en su discurso de Brighton<sup>2</sup>. Por lo tanto, cabe

<sup>1</sup> El texto de las declaraciones que se utiliza es el que figura en *Le Figaro* de 5 de febrero de 1965.

<sup>2</sup> Estas condiciones eran: Seguridades relativas a los intercambios comerciales y los intereses de los miembros de la Commonwealth; salvaguarda de la libertad de acción británica en materia de política exterior; cumplimiento de los compromisos contraí-

decir que las dificultades "técnicas" o incompatibilidades entre Gran Bretaña y el Tratado de Roma siguen en vigor. Pero, como es lógico, en lo interno y en lo internacional el Laborismo representa otra tendencia política que el Partido Conservador. Y he aquí donde desaparecen las montañas y sólo queda un canal de fácil franqueo y hasta susceptible de ser reducido. En efecto, uno de los primeros actos de política internacional de Mr. Wilson y de su entonces ministro de Asuntos Exteriores, Mr. Gordon-Walker, fué conseguir de los Estados Unidos que se reconsideraran o negociaran de nuevo los Acuerdos de Nassau de diciembre de 1962, extremo que ha complacido al presidente de la República francesa. Aquellos acuerdos, que en la mente del presidente Kennedy ponían los cimientos de la integración atlántica, dejaban a disposición de la O. T. A. N. submarinos provistos de Polaris, ello con vistas a que Europa—y en particular Gran Bretaña—participaran en la elaboración de los planes estratégicos de la defensa occidental. Tal proyecto, inicialmente llamado multinacional, satisfizo a Macmillan e irritó al general De Gaulle, enemigo de toda interdependencia en que Francia no sea, a su entender, elemento preponderante—cuadratura del círculo a que se reduce el problema de la puesta en marcha de la Europa política y el de la evolución y reforma sin estridencias de la O. T. A. N.—. Por otra parte, la creación proyectada de esa fuerza multinacional, que al ser presentada en la O. T. A. N. en marzo de 1963 se llamó fuerza multilateral (M. L. F.), si bien fué favorablemente acogida por la República Federal Alemana, también irritó al general De Gaulle, para quien tal fuerza multilateral es el obstáculo insuperable para una organización militar independiente europea, con protección de la fuerza de *frappe* francesa, organización militar que es la clave de la creación de Europa. Pero las grandes reservas del Laborismo al proyecto de los Estados Unidos de crear la fuerza multilateral se imponen como factores que favorecen los puntos de vista sustentados por el general De Gaulle. Ello explica esa mano ampliamente tendida al nuevo equipo llamado a regir los destinos británicos y cuya primer tarea es precisamente demoler el tinglado que Francia sola no podía desmontar, a pesar de los esfuerzos hechos en este sentido. Porque no hay duda que de haber triunfado el Partido Conser-

---

dos con los asociados de la E. F. T. A.; derecho de planificar la economía británica; salvaguarda de la posición de la agricultura británica. DAVID ENNALS: *La politique extérieure de Mr. Wilson*, «Politique Etrangère», núm. 4, 1964, París.

vador en las últimas elecciones, Gran Bretaña se hubiera unido al proyecto germano-americano. También en el marco más amplio de la política global—y no ya sólo en el de la Alianza Atlántica—, en parte las tendencias laboristas discurren paralelamente a los designios del general De Gaulle, en particular en aspectos tales como el deseo de salir del punto muerto de las relaciones internacionales en ciertas áreas, ello como consecuencia de la guerra fría. El coincidente punto de partida para el deshielo deseado por París y por Londres es que tanto el general De Gaulle como Mr. Harold Wilson se muestran declarados partidarios de la línea fronteriza Oder-Neisse, llegando ambos a no hacer dengues ante la perspectiva de desnuclearizar la Europa Central, de acuerdo con una fórmula no muy alejada del Plan Rapacki. Y aun cuando Gran Bretaña, pensando en sus estrechas relaciones con los Estados Unidos y en Malasia, no se haya avenido a convocar una Conferencia sobre Indochina tendente a neutralizar el Vietnam, todo indica que el Gobierno laborista se propone establecer relaciones normales con Pekín, estimando, por vía de consecuencia, que la República Popular China, quinta potencia nuclear, ha de participar en las tareas de la O. N. U., singularmente con vistas al desarme. Tales similitudes de bulto entre la política internacional laborista y los puntos de vista clara o ambiguamente sustentados por el general De Gaulle restan todo carácter sorprendente al colofón de su última conferencia de prensa. De suerte que para el observador medianamente advertido, la nueva postura francesa frente a Gran Bretaña no constituye elemento sensacionalista de las declaraciones del general De Gaulle.

En cambio, cabe estimar elemento nuevo—aunque esté en “la lógica interna” del gaullismo—la sugerencia de requerir la presencia de la China Popular en una conferencia que reuniera en Ginebra a los Cinco Grandes para enderezar la O. N. U., que funciona mal. Tan mal que ha tenido que autosuspender sus sesiones. El general De Gaulle presentó la propuesta como una conclusión lógica, cartesiana, después de haber hecho un parangón entre la Sociedad de las Naciones y las Naciones Unidas, de la que evocó los orígenes de felices augurios sobre la base de principios por él aprobados, y relatando seguidamente cómo se desmandó al salirse de su propia legalidad, cuando “la Asamblea General se arrogó, en 1950, el derecho de decidir del empleo de la fuerza”, reiterando en el Congo las violaciones de la legalidad onusiana (valga el neologismo). Como no se le podía pasar por alto al general De Gaulle, la crítica de la acción de la O. N. U. en Corea

—cuyo peso principal llevaron los Estados Unidos—significó ni más ni menos que el fracaso, al menos parcial, de la operación de estrategia indirecta montada por la U. R. S. S. y China. O sea que de haberse atendido la O. U. U. a lo que el general De Gaulle estima ser la “legalidad”, la ofensiva sovieto-china se hubiera visto coronada por el éxito, dando lugar a una mayor bolchevización del Continente asiático.

Ahora bien; no parece urgente—sobre todo en las circunstancias actuales—detenerse a considerar las perspectivas de la conferencia de los Cinco. Pero ante tal hipótesis es de señalar la eliminación pura, simple y tajante de la China nacionalista del Consejo de Seguridad, lo cual parece estar implícito en los deseos del general De Gaulle en lo que a la O. N. U. respecta. No hay duda que la fórmula será estimada “realista” en Pekín, habida cuenta singularmente de que su aplicación acarrearía el abandono por los Estados Unidos—o al menos sólo una mitigada defensa—del Estrecho de Formosa, evidenciándose así el futuro de Formosa, aparte de los efectos que para el mundo libre tendría el que su poderoso puntal perdiera un poco más “la cara” en el Continente asiático, tan amenazado de “chinitización”. Si el general De Gaulle persiguiera el secreto propósito de facilitar un avance chino en esta parte del mundo, no obraría de otra forma que proclamando *urbi et orbi* la necesidad de la presencia de la China Popular para crear una nueva O. N. U. o remozar la existente<sup>3</sup>. Este extremo no se precisa en las declaraciones comentadas, que sólo señalan la necesidad de “volver al punto de partida”. ¿Cuál es el punto de partida de la O. N. U.? ¿Cuándo los aliados definieron los principios de la Carta de San Francisco, cuándo ésta fué aprobada o cuándo la O. N. U. empezó a funcionar? Por lo demás, dadas las dificultades de las relaciones sovieto-chinas, que desbordan el marco ideológico, mejor dicho, la pantalla ideológica, y que subsisten pese al cambio de equipo en Moscú, la presencia de la China Popular en el Consejo de Seguridad no es perspectiva que la U. R. S. S. pueda celebrar. No dejaría de ser para ella un sensible *handicap*

---

<sup>3</sup> Vid. JACQUES LECHAT: *Le conflit sino-soviétique et ses implications possibles pour l'Occident*, «Politique Etrangère», núm. 3, 1964, París. El autor señala, como posible estrategia para Occidente, una ayuda temporal y limitada a la China Popular, al objeto de que ésta aumentará su presión sobre la U. R. S. S., lo cual provocaría condiciones favorables para que ésta aflojara su presión en Europa. El artículo está fechado en febrero de 1964, pero sigue siendo actual con relación a las declaraciones comentadas.

en la lucha por la dirección del comunismo mundial el que su competidora china fuera elevada a la categoría de miembro de un club de privilegiados llamados a dictar las normas por las que habría de regirse democráticamente una O. N. U. purificada de las "ilegalidades" señaladas por el general De Gaulle, quien, por cierto, no mencionó la ilegalidad, indiscutible ésta, de la decisión adoptada en 1946 contra España, país donde reinaba la paz y que no amenazaba a ningún vecino. Como tampoco aludió a las intromisiones de la O. N. U. en las provincias ultramarinas de Portugal. Pero, es evidente, traer a colación el caso español o el portugués hubiera sido objetivar la cuestión y no era ésta la finalidad perseguida, sino tomar posición junto a la China Popular, tullida de la primera "ilegalidad" de ese organismo. Por lo demás, la sugerencia del general De Gaulle bien pudiera haber sido hecha de acuerdo con la propia China Popular para brindarle la oportunidad de que desista de su amenaza de crear una competidora asiática de la O. N. U. con Indonesia, Corea del Norte y Vietnam del Norte, en espera de un ensanchamiento del aerópago merced a nuevos avances victoriosos en el Sudeste asiático.

No hubo novedad sustancial en la parte de las declaraciones dedicada a la reunificación alemana y a la creación de Europa<sup>4</sup>, cuestiones que presentó el general De Gaulle como tan vinculadas entre sí que la solución de la primera es función de la solución de la segunda y, en cierto modo, consecuencia de ésta. Con ello quedó patente una oposición fundamental entre los puntos de vista de Bonn y París. En efecto, bien sabido es que la República Federal Alemana sostiene la tesis, no carente de lógica, de que corresponde a los vencedores que dividieron a Alemania la tarea de reunificarla<sup>5</sup>. En cambio, para el general De Gaulle, "el problema alemán es el problema europeo por excelencia", con lo cual los Estados Unidos, que, cualquiera podría creerlo, apenas si tuvieron arte y parte en la segunda guerra mundial y sus resultados, quedan automáticamente al margen de una negociación que se realizaría en familia, puede decirse. Porque uno de los objetivos del general De Gaulle, todo el mundo lo sabe, es apartar por todos

---

<sup>4</sup> Estas ideas aparecen expuestas en un artículo de Al. Karwalkowski titulado «Vers la fin d'une double hégémonie», *Politique Etrangère*, núm. 3, 1964, París.

<sup>5</sup> A finales de febrero, el Embajador de la República Federal Alemana en Mosú reiteró al jefe del Gobierno soviético la invitación de visitar Bonn. Al parecer, también se trató de una conferencia de los Cuatro sobre la reunificación de Alemania que, prácticamente, las declaraciones del presidente francés aplazan indefinidamente.

los medios, directos e indirectos, a los Estados Unidos de Europa, aunque para ello deba buscar el refuerzo del campo marxista. También Churchill estaba dispuesto a bajar al infierno en busca de un aliado contra Hitler. Y bajó al infierno. ¡Dios lo tenga en su gloria!, pero nos ha dejado en el infierno del mundo de la postguerra que tanto contribuyó a crear.

El que Alemania como problema—y no la reunificación—es problema europeo, lo mostró el general De Gaulle a través de un diseño histórico en el que se contraponen dos conceptos distintos. Por una parte, hay un “país en perpetuo devenir”, que “representa una angustia y a veces un furor inspirado por su propia incertidumbre en cuanto a sus fronteras, a su unidad, a su régimen político, a su porvenir internacional, que hacen que su destino sea considerado por Europa entera como tanto más inquietante cuanto que resulta indeterminado”. Por otra, hay “un gran pueblo tanto en la actividad económica como en materia de pensamiento, de ciencia y de arte, así como en el ámbito de las capacidades militares, en el que Europa ve una parte esencial de sí misma”. Es decir, que Europa se halla en presencia de un contenido de excelente calidad—un pueblo—, utilizable en provecho del bien común, pero en espera del continente que le fije Europa, o sea “el reglamento de que fuera objeto que implicaría el de sus fronteras y el de sus armamentos mediante acuerdo con todos sus vecinos, los del Este y los del Oeste”, sibilinas expresiones que pueden señalar en determinado aspecto una coincidencia de pensamiento con Mr. Wilson respecto al futuro de la Europa Central. Los esfuerzos de acercamiento a la U. R. S. S. que desde hace algún tiempo está haciendo Francia<sup>6</sup>, bien pudieran dar por resultado una aproximación sobre este punto con el máximo reunificador afectado por la sugerencia del general De Gaulle. En efecto, en lo que atañe al “reglamento de las fronteras”, la U. R. S. S. y Francia están ya de acuerdo: la frontera Oder-Neisse. En cuanto a la cuestión de “sus arma-

---

<sup>6</sup> Singularmente, a finales de octubre de 1964 se firmó un Acuerdo comercial franco-soviético por una duración de cinco años. Tal Acuerdo prevé un incremento de los intercambios de más de la mitad prevista en el acuerdo anterior. Para la mitad de las adquisiciones soviéticas, Francia concedió créditos por siete años, infringiendo así el Acuerdo de Berna suscrito por ella. Con este motivo, el general De Gaulle dirigió al presidente Mikoyan un caluroso telegrama subrayando la solidez de la amistad franco-soviética, pese a los incidentes de la Historia, y haciendo hincapié en los rasgos de semejanza entre los «dos grandes países». La respuesta del presidente Mikoyan fué más moderada.

mentos”, el Plan Rapacki puede servir de base, lo cual sugiere un entendimiento entre París y Moscú mayor del que parece. Antes de lanzar la idea de esta modalidad de solución del problema de Alemania, el general De Gaulle, como al desgaire, se había extendido en el recuerdo de una etapa histórica que es aún contemporánea. “La empresa dominadora del III Reich, la invasión por sus ejércitos de amplias áreas”, “su tiranía establecida sobre doce Estados y su hegemonía sobre otros cuatro”, “la muerte violenta de 40 millones de hombres”, “la exterminación sistemática de millones de detenidos”, fueron evocadas con reflexionada brutalidad, al objeto de justificar no sólo “la subordinación inicial impuesta a los vencidos y los hechos consumados en lo que antaño fueran la Prusia Oriental, Posnania y Silesia”, sino también “los temores directos que de todo tiempo inspiró Alemania” y “el malestar que con frecuencia ha inspirado a la opinión de la Europa occidental la expansión económica, el renacimiento militar y el resurgimiento político de la República Federal”, que los regímenes soviéticos invocaron para justificar la guerra fría.

Las conclusiones a que se llega después de esta preparación oratoria, que poco dista de un silogismo, tienden a revestirse de una lógica a primera vista irrecusable: porque “así está planteado de nuevo el problema (de Alemania) en la Historia de Francia. Por lo demás, todo se reduce a tres cuestiones: obrar de forma que Alemania se convierta en elemento seguro de paz y de progreso; cumplida esta condición, ayudar a su reunificación, tomar el camino y escoger el cuadro que permita realizarla”. Estimamos que, en lenguaje claro, todo ello apunta a condicionar la reunificación de Alemania no sólo a la creación de Europa, sino a una serie de limitaciones que corresponden al espíritu de Postdam antes que al del Tratado de París de 1963, todo ello al objeto de que Alemania se halle en la imposibilidad de volver a ser un peligro para sus vecinos “del Este y del Oeste”. La amenaza soviética fué el punto de partida del resurgir alemán, con la ayuda americana. Desaparecida esa amenaza, lo pertinente es que Alemania sea—con algunas modificaciones—lo que se pretendió que fuera después de su derrota. Dicho en otros términos, la reunificación alemana está supeeditada a las condiciones que señalen los vencedores europeos, lo cual se justifica por los “recelos” que inspira ese país, mozalbeta díscolo y peligroso, pero con buenas cualidades, una vez encarrilado, sujetado y consagrado a la tarea que se le asigna dentro de la comunidad. Debido a la circunstancia de la guerra fría, se reconsideró la justa sentencia aplicada



a Alemania—destrucción de la potencia germánica, prohibición de crear nuevamente un Gobierno central, control internacional impuesto al país desarmado—, aplicándose al antiguo Reich soluciones de carácter precario, pero que no han impedido la coexistencia. No obstante, “tal situación no puede considerarse definitiva”, si bien no tiene carácter de urgencia acometer la tarea de resolver un problema que el general De Gaulle—que no desdeña señalar la evidencia—calificó de “muy complejo”. En efecto, el problema es muy complejo para Francia singularmente y su política de “grandeza”<sup>7</sup>, o sea la Francia de la que tiene idea su presidente, quien, cuando trata de Alemania, recuerda la aguda observación de un periodista alemán al plantearse la cuestión del rearme germano: “Los franceses —dijo— desean un ejército alemán que sea simultáneamente mayor que el ejército ruso y menor que el ejército francés.”

Sentado que Alemania es un problema “esencialmente europeo”, el general De Gaulle trató de la llamada a resolverlo, o sea Europa, cuya creación persigue también su actividad política. La visión de Europa que alzó ante los atentos oyentes resultó majestuosa al hilo del discurso, pero la lectura de las declaraciones sume en la perplejidad. En efecto, sucesivamente, el general De Gaulle aludió a la Europa de “los pueblos que han estado de todo tiempo, están actualmente y permanecerán principalmente interesados por la suerte de sus vecinos germánicos”; de los “Seis Estados que están, esperémoslo, alzando la comunidad económica de la Europa occidental, etcétera”, para “desembocar en una Europa que se halle en la concordia y la cooperación desde el Atlántico al Ural” y, finalmente, de “la Europa entera”. Ello supone una serie de Europas distintas e intercambiables de la cual no se percibe claramente cuál es la válida para resolver el problema alemán, pongamos por caso. La Europa “principalmente interesada por la suerte de sus vecinos” no coincide con la Europa de los Seis, de la que Alemania es parte y de la que Italia no es vecina. Sería, pues, una Europa

---

<sup>7</sup> El Anuario de la O.N.U. de 1964 permite establecer una comparación entre diversos aspectos económicos franceses y alemanes. Renta nacional por cada francés, 1.300 dólares; por cada alemán, 1.349 dólares. Esfuerzo de inversión con relación a la renta nacional: Francia, 20 por 100; Alemania, 26 por 100. Índice de crecimiento anual del producto nacional por habitante: Francia, 3,7 por 100; Alemania, 5,7 por 100. Sobre la base de estos datos, dentro de veinte años, el coeficiente multiplicador será de 2,04 para Francia y de 3,03 por 100 para Alemania, siendo la renta nacional por francés en 1984, 2.680 dólares, y 4.190 dólares por alemán.

comprehensiva de Francia, Bélgica, Luxemburgo, los Países Bajos, Polonia, Checoslovaquia, Dinamarca y, eventualmente, Suecia e Inglaterra—“el mar no separa, sino que une”—, pero de la que resultaría excluida la U. R. S. S., si nos atenemos a la vecindad señalada por el general De Gaulle. ¿Puede ser la Europa definidora del futuro alemán la Europa de los Seis—que se quedaría en los Cinco—, tan alejada de la concepción geográfica e histórica del Viejo Continente? En cuanto a la Europa “del Atlántico al Ural”, según fórmula que reitera complacido el general De Gaulle, deja fuera de la U. R. S. S. a la U. R. S. S. oriental, o sea Siberia, como ha hecho observar Roger Massip en *Le Figaro*, perspectiva ésta que si bien puede parecer “realista” a la China Popular, no parece que merezca el mismo calificativo por parte de la U. R. S. S. En lo que atañe a la “Europa entera” o total, abarcaría todo lo que es geográfica e históricamente europeo, es decir, que incluye a la vez a los países escandinavos y a la Península Ibérica. Ello supone que en aquéllos y en ésta habrían de producirse sustanciales modificaciones de principios para llegar al hecho de una aproximación. En efecto, los países escandinavos se muestran tan dispuestos a la “acción conjugada”, que están cerrados de banda a la mera eventualidad de que España ingresara en la O. T. A. N. para cooperar en la defensa del mundo occidental. Otra condición para la realización del programa “Europa”, es “que Rusia evolucione lo suficiente como para ver su porvenir no ya en la dominación totalitaria impuesta en su país y también en otros países, sino en el progreso realizado en común por hombres y pueblos libres”, declaración de buenos deseos que no vacilaría en suscribir S. S. Pablo VI, pues de realizarse significaría el abandono por el mundo soviético de su doctrina, su filosofía, sus principios y sus metas, sea una “desmarxistificación”. Por desgracia, ese llamamiento o esa esperanza en una radical reconsideración de fundamentos, el general De Gaulle lo dirige a “Rusia”, que, de hecho y de derecho, dejó de existir en 1917, siendo ese nombre y el mundo que representaba sustituido por la U. R. S. S., que jamás menciona, como si su ponderado realismo no se hubiera percatado de la trascendental significación que ha tenido para la Historia presente y futura, no ya un mero cambio de nombre, sino la sustitución de un sistema de pensamiento por el sistema de pensamiento marxista, lo cual es más, mucho más, que un programa con vistas a las elecciones. Estimamos, pues, que de las ideas enunciadas por el general De Gaulle sobre Alemania y Europa en su última conferencia de prensa, no se deduce un esquema conceptual claro y

preciso susceptible de servir de base para lograr la reunificación alemana, previa la creación o puesta en marcha de Europa. Pero, ¿perseguida el general De Gaulle el propósito de aclarar aquellos puntos? El no contestar a una pregunta concreta—sobre las relaciones de Francia con el mundo soviético—y la forma breve, evasiva—y hasta inexacta—con que respondió a la que se formuló sobre las relaciones futuras de Francia con Africa del Norte y el Oriente Medio<sup>8</sup>, sugiere que no se quería descubrir el juego delineando un programa político en lo internacional. En realidad, la declaración del general De Gaulle no fué una declaración de opciones, sino de tendencias u orientaciones, de ahí el tono poco agresivo—relativamente—que se ha señalado. Una tendencia, lo mismo que una orientación, entraña una vaguedad que difícilmente puede servir de base para agredir.

Ante acontecimientos que parecen inconexos y absurdos o comportamientos contradictorios que tienen visos de incoherencia e ilogismo, el historiador Jacques Bainville aconsejaba que se buscara el “hilo conductor”. Con ello no apuntaba a la originalidad. Con ese método, Carlos Marx y Engels construyeron el materialismo histórico, del que se ha deducido el llamado “sentido de la Historia”. La política internacional del general De Gaulle, proyectada a la rosa de los vientos, o sea a todos los Continentes, de sostenida actividad, a veces equívoca, con frecuencia desconcertante, no requiere una tarea de paciente búsqueda para hallar el “hilo conductor”. No es éste exactamente Francia, objeto de un amor casi metafísico, sino “la grandeza de Francia”, lo cual es un concepto distinto. Define por antonomasia la política del presidente de la V República francesa y es consecuencia lógica de las características que, saltándose el “hoy”, el presente y sus realidades tangibles, se asienta en un “mañana” preñado de esperanzas. Es, pues, el futuro el que informa el presente. De ahí expresiones aparentemente ambiguas como aquella de “la Alianza Atlántica actualmente necesaria” y el esquema de futuro basado en la liberalización del mundo soviético de su última conferencia de prensa. Este enfoque confiere a las realidades que nos rodean, regimenes, situaciones políticas, alianzas y programas de defensa un carácter de transitoriedad que invita perentoriamente a

---

<sup>8</sup> En cuanto la República Federal Alemana comunicó que suspendía su ayuda a la R. A. U., como represalia por la visita de Walter Ulbricht, Francia envió una misión económica a El Cairo para ofrecer la ayuda francesa y estrechar sus relaciones con ese país.

actuar en función del futuro en el cual, insertados los países marxistas en una asociación de "pueblos y hombres libres", será superflua toda organización defensiva de un Occidente que irá "del Atlántico al Ural", o sea un Occidente en el que Francia tenga un escenario adecuado a sus dimensiones de grandeza. Ello no pretende decir que el general De Gaulle no se percate de las transformaciones sufridas por el mundo desde el siglo XVIII, el siglo francés. La visión marxista del sentido de la Historia es para el general De Gaulle "el viento de la Historia", o sea un admitir—que no es sólo figura de retórica, como lo muestran con frecuencia los hechos—la existencia de fuerzas oscuras, incoercibles, sólo domesticables en la medida en que, teniendo en cuenta su existencia, no se va contra ellas, aun cuando no se esté con ellas. Es esta secreta aceptación intelectual no del dogma marxista, pero sí de determinadas condiciones históricas que parecen modelar el futuro, la que origina aplicaciones pragmáticas y condujo el campo marxista a proclamar el primero el "realismo" del general De Gaulle<sup>9</sup>. Es lógico que los marxistas califiquen de "realista" toda acción que lleva agua a su molino. Lo incongruente es que los no marxistas, y hasta los anti-marxistas, copien dócilmente un vocabulario que expresa realidades no tan gratas para ellos como para quienes lo utilizaron en primer término. Pero—y es esta una operación elemental de estrategia indirecta en el plano psicológico—, como quiera que un vocablo es expresión racional de una

---

<sup>9</sup> A título de ejemplo, citamos dos textos marxistas: «ortodoxo», uno; «revisio-nista», el otro: «No podría decirse que la acción de De Gaulle en las diferentes fases de su régimen haya estado exenta hasta ahora de nebulosidades y que no haya suscitado sorpresas e incomprensiones, tal como en la oportunidad actual (viaje a Ibero-américa). Sin embargo, tampoco puede negarse que su acción en lo que concierne a la guerra argelina y en la más amplia acción de las relaciones con las posesiones coloniales francesas haya determinado desenlaces realistas y positivos, lo mismo que en la evolución gradual, pero continua, de su política en las cuestiones inherentes a la atormentada Indochina, y en la cuestión de las relaciones con la R. P. de China y los países socialistas de Europa Oriental, deja entrever una buena dosis de percepción realista de las cosas que sería deseable también tuvieran otras grandes potencias del Occidente.» *Política Internacional*, núm. 349, 20 de octubre de 1964, pág. 14, Belgrado. El pasado 6 de septiembre, en el Parque de los Deportes de La Courmeuve, el miembro del Buró político y secretario del Partido comunista Marçais dijo refiriéndose a la actitud «realista y positiva» del general De Gaulle: «... cuando el general De Gaulle toma posiciones o medidas susceptibles de favorecer la «detente» internacional, la coexistencia pacífica, la paz entre los pueblos, las aprobamos, las apoyamos y actuamos para imponer iniciativas siempre más consecuentes, concretas y eficaces».

idea, a fuerza de repetirlo algo se infiltra de la idea. Sin embargo, aunque muy superficialmente—la cuestión requeriría un extenso estudio—, de examinar los resultados enjuiciables por presentes, o que se sitúan en un futuro que la razón puede prever, de la política del general De Gaulle, se impone que no se multiplican los éxitos que lleven su impronta y signifiquen una ventaja positiva para el mundo occidental.

Desde su famoso memorándum de 1958, ora directa, ora indirectamente, el general De Gaulle no ha cesado de criticar y atacar el sistema de seguridad del mundo occidental representado por la O. T. A. N. Mas por muy fundamentadas que hayan sido y sean las razones por él aducidas—algunas de las cuales pueden aplicarse a la S. E. A. T. O. y al C. E. N. T. O.—, el criterio sustentado no se ha visto coronado por el éxito. La O. T. A. N. ha crujido, cruje, se ha agrietado, pero resiste sin modificarse. Es más: con muy variable espíritu de colaboración, torpedeando en ocasiones sus actividades, empozoñando la atmósfera y poniendo de manifiesto públicamente las desavenencias internas ante eventuales adversarios—mucho más discretos sobre sus dificultades son los miembros del Pacto de Varsovia—, Francia sigue formando parte de la O. T. A. N. Tal pertenencia no ha impedido que, con motivo del conflicto de Chipre, Francia, haciendo caso omiso de su pertenencia a la Alianza Atlántica y de su consiguiente solidaridad con Gran Bretaña, se negara a aceptar la propuesta británica de resolver la cuestión en el marco de la O. T. A. N.—en el que estaban incluídas Grecia y Turquía—, al objeto de evitar la injerencia de la U. R. S. S. y del Tercer Mundo afroasiático, inevitable de ser llevado el asunto a la O. N. U. Antiguo adversario del organismo por él llamado “le machin” (el chisme, la cosa), favoreció el recurso a la O. N. U., de la que ha denunciado las continuas ilegalidades e intromisiones en su última conferencia de prensa. Por otra parte, conocidas son las agrias reacciones francesas a los sucesivos proyectos de fuerza multinacional y fuerza multilateral<sup>10</sup>, así como la aceptación alemana de ambas y sucesivas fórmulas. Habida cuenta de la coope-

---

<sup>10</sup> «Por una parte, el concepto de *fuerza multinacional*, es decir, que asociara las fuerzas nacionales existentes en el teatro europeo en el ámbito nuclear; ello sólo podía apuntar a parte de las fuerzas americanas, a la totalidad o parte de las fuerzas británicas y a las fuerzas francesas. Por otra parte, el concepto de *fuerza multilateral*, es decir, comprensiva de las fuerzas integradas de los diversos países que hubieran aceptado de participar». Jacques Vernant: Washington, Londres, París et la «M. L. F.», *Revue de Défense Nationale*, diciembre de 1964, París.

ración militar prevista en el Tratado de París entre Francia y la República Federal Alemana, no cabe calificar de éxito de la política francesa la tan aireada reconciliación franco-germana, que se basó singularmente en la persona y la política del canciller Adenauer—actualmente aislado dentro de su propio partido—. Asimismo, las reacciones de los restantes miembros de la Europa de los Seis—en particular de Holanda—sugieren que la postura de Francia se vió falta de apoyo en el marco de la pequeña Europa, hecho éste sensible para un país que, como Francia, cifra todas sus esperanzas de futuro en la cooperación, la unión, la acción conjunta de todos los europeos. Tampoco Italia, pese a la nueva coyuntura política, no parece alejarse sustancialmente de su anterior política exterior, que la distancia del criterio francés, como se vió en ocasión del viaje del presidente Segni a París. No obstante, se puede decir que el proyecto de fuerza multilateral, que desde agosto de 1964 están estudiando ocho naciones, no prosperará en su forma actual merced al triunfo laborista en las elecciones inglesas, lo cual no puede apuntarse como un éxito de la política francesa, sino como una suerte para Francia, una suerte que se debe al capricho de los electores que recientemente han derrotado al flamante ministro de Asuntos Exteriores, Mr. Gordon-Waker, devolviéndolo a la oscuridad de sus actividades particulares.

Respecto a la creación de Europa—una cualquiera de las enunciadas por el general De Gaulle el 4 de febrero—, la mucha agitación verbal y viajera en torno a la cuestión no adelanta la comunidad política, siquiera sea de los Seis. Existe, sí, y funciona, aunque a veces amenace con atascarse, la Comunidad Económica Europa, cuya creación se inició en 1947, culminando con la firma del Tratado de Roma de abril de 1957, antes de que llegara al poder el general De Gaulle, quien se halló ante un hecho calificado de *irreversible*.

En la política exterior del general De Gaulle en su proyección hacia Asia, el hecho más destacado—prescindiendo de los contactos con Camboya—primer paso cauteloso hacia Pekín—, ha sido el reconocimiento de la República Popular China. Comentaristas oficiosos lo han presentado como una maniobra de gran estilo para provocar una ruptura del equilibrio existente entre los dos hegémonos, los Estados Unidos y la U. R. S. S., pues esa hegemonía compartida gravitaba sobre la independencia de Francia, impedía la solución de los problemas europeos pendientes y, en razón de acuerdos negociados o tácitos respecto al Sudeste asiático, hacía correr el riesgo

de influir en los libres destinos de Europa<sup>11</sup>. De ahí el reconocimiento de la China Popular, llevado a cabo con otro propósito: que Francia pudiera negociar—de acuerdo con Pekín y ostentando el papel de mediadora—la neutralización del Vietnam y de los demás Estados de la antigua Indochina francesa, por estimar el general De Gaulle que ésta era la única forma de evitar la extensión de la guerra a todo el Sudeste asiático. Tal neutralización, el general De Gaulle la aconsejó a los Estados Unidos por vía de declaración pública, lo cual es psicológicamente una falta de tacto y políticamente cosechar el resultado contrario al apuntado. Por motivos de prestigio, incita a los Estados Unidos a empeñarse en el camino donde les ha metido su torpeza. La reciente propuesta de convocatoria de una conferencia con la U. R. S. S. sobre el Sudeste asiático, prescindiendo de Gran Bretaña, subraya la tónica de la política gaullista de ir “a su aire”, aunque sea a solas cuando no se dan las condiciones precisas para que sea Francia la que lleva la voz cantante en el coro. Cierto es que en este caso Francia no está sola: la acompaña la U. R. S. S., deseosa de que tenga un término ese conflicto que en tan delicada posición la coloca. No sus desvelos por el “hermano” nortevietnamita, sino su rivalidad con la China Popular la obligan a luchar contra el “imperialismo” estadounidense, aunque sea a regañadientes. La cuestión es evitar que la competidora china consolide su actitud de protectora y liberadora de pueblos sojuzgados, que con tan buen éxito está llevando en el Tercer Mundo, Pekín, avezado en el arte de la maniobra exterior de estrategia indirecta de que hace objeto a la U. R. S. S. Aun cuando la neutralización sugerida por París pueda ser una fórmula digna de ser considerada—a menos con vistas a resultados de paz en lo inmediato y para lo inmediato—, la modalidad escogida para preconizarla dificulta grandemente que los Estados Unidos la apliquen, so pena de una pérdida de prestigio aun mayor que la sufrida en ocasión del fracasado desembarco de la Bahía de Cochinos. País tan herido por impertinentes consejos e intromisiones de la O. N. U. como Portugal, así lo ha señalado por boca de su ministro de Asuntos Exteriores, Franco Nogueira, en su conferencia de prensa del pasado 26 de febrero.

Del gran viaje realizado por el general De Gaulle a través de Iberoamérica—el “Tercer Mundo Latino”—, uno de cuyos objetivos era que se aflojaran los lazos que unían los países visitados con los Estados Unidos,

---

<sup>11</sup> Al. Kawalkowski: *Vers la fin d'une double hégémonie*, ya citado.

pasada la gran expectación y alboroto causados por las recepciones multitudinarias a que dió lugar, escasos son—al menos hasta ahora—los frutos políticos. La amplia ayuda francesa económica y técnica, ofrecida con más generosidad verbal que medios, poco puede alterar la incontrovertible realidad—*piedra de toque* de tantos propósitos de gobiernos iberoamericanos—de una vinculación con los Estados Unidos, antes que con Europa, en lo económico y, por vía de consecuencias, en lo político. Es más, en el orden económico, Europa—la de los Seis—tiende a distanciarse de Iberoamérica. Recordemos que los Acuerdos de Yaundé, de julio de 1963, firmados entre 18 Repúblicas africanas—apoyadas por Francia—y el Mercado Común, dan por resultado que, en un plazo de cinco años, los productos exóticos suramericanos exportados a Europa—que representan el 16 por 100 de sus exportaciones totales—se verán sustituidos por idénticos productos procedentes de aquellas Repúblicas, salvo en el caso de la República Federal Alemana, que ha suscrito acuerdos bilaterales con los países de Iberoamérica. Dado el planteamiento del problema económico—prescindimos de los aspectos políticos, tan influídos o amenazados por el “castrismo”—, mal se ve cómo Iberoamérica puede buscar cobijo en Europa, a través de Francia, su autoproclamada valedora natural, en la mente del general De Gaulle. Porque bien sabido es, y esta fué la nota humorística del viaje, que el general De Gaulle pudo pasearse a lo largo y a lo ancho de la geografía iberoamericana sin que su ponderado realismo captara la menor señal de la presencia de españoles y portugueses en la historia del Continente. Cuando “el viento de la Historia” sopla en favor de la descolonización, hubiera sido una falta de tacto mencionar el “bochornoso pasado” en las Repúblicas iberoamericanas, hijas de la Revolución francesa. Y también provocar “complejos de culpabilidad” en España y Portugal.

No es mucho mayor en Africa los éxitos de la política francesa considerada en los hechos, al margen de los ríos de palabras escritas y radiodifundidas que caracterizan nuestra época propagandística<sup>12</sup>. Por ejemplo, la llamada Comunidad Francesa, que lleva la impronta del general De Gaulle, se desfleca por días, singularmente en el Congo-Brazzaville, madriguera

---

<sup>12</sup> En forma novelada, el último Premio Goncourt, *L'État sauvage*, de Georges Conchon, muestra la desconsoladora realidad de esos países. El autor de esta obra ha ocupado hasta fecha reciente un puesto en la administración de un país africano de habla francesa.



de activistas chinos, que recientemente, ya en su punto para afrontar las tareas propias de un Estado moderno, ha decidido prescindir de técnicos extranjeros, o sea franceses. Y mientras los "pro-occidentales" se agrupan en torno a Houphouet-Boigny, Sekú Turé, que capitaneando una minoría, logró la independencia tomándole la palabra al general De Gaulle, se afana en el grupo de países que pretenden edificar un socialismo africano, para el que la China Popular sirve de modelo. En cuanto al Norte de Africa, el general De Gaulle informó que la situación "evoluciona favorablemente, muy favorablemente". No precisó en favor de qué país o países. El hecho es que, evacuada Bizerta y llevadas a cabo las reformas decididas por el presidente Bourguiba, la influencia europea se retrotrae progresivamente de Túnez, que se "orientaliza" en busca de un contrapeso al magrebismo que, de ser realidad un día, bajo la influencia predominante argelina, será "neutralista", con todas las consecuencias implicadas en esa "neutralidad". En cuanto a Argelia—que está discutiendo con Francia un nuevo Estatuto del petróleo—, puede ser considerada como un problema definitivamente resuelto por los Acuerdos de Evián, a guisa de epílogo, en vez de primer capítulo de la cooperación franco-argelina, que, en la intención del general De Gaulle, condicionaba la concesión de la independencia<sup>13</sup>.

Son muchas las cartas que baraja y juega la política internacional del general De Gaulle. Son más que las señaladas. Quizá sean demasiadas. De ahí no pocos equívocos y, acaso, cierta confusión a la hora de jugarlas en la partida cuya puesta es para él única y exclusivamente "la grandeza de Francia". Estima que quien estorba en primer término el que gane la apuesta es precisamente su compañero de partida: los Estados Unidos. De suerte que el general De Gaulle, a veces, da la impresión de que facilita jugadas a los que el mundo occidental tiene por adversarios, tanto en su versión soviética como china.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.

---

<sup>13</sup> «El presupuesto francés de 1964 para asuntos argelinos—tal y como figura en la Ley de Hacienda—asciende a 796 millones, con una reducción de 308 millones con relación al ejercicio anterior. No obstante, los créditos previstos para Argelia, suman el 52 por 100 del esfuerzo financiero de Francia en materia de cooperación.» Por otra parte, «las importaciones francesas de Argelia han disminuído del 50 por 100 desde 1962.» RENÉ MARIE: *Contradictions algériennes*, «Revue de Défense Nationale», páginas 40-53, enero de 1965.

